

V Domingo de Pascua

Hechos de los apóstoles 14, 21b-27; Hechos de los apóstoles 14, 21b-27; Juan 13, 31-33a. 34-35

« Que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también entre vosotros »

28 Abril 2013 P. Carlos Padilla Esteban

« La santidad es un lento despojarse de tantos lastres que hacen pesada y frágil nuestra vida. ¿Cuáles son los ídolos que nos atan y llenan? »

Hay que reconocer que muchas veces, cuando actuamos, no damos puntada sin hilo.

Hacemos y decimos ciertas cosas no de forma gratuita, no por el simple hecho de mostrar nuestro amor, sino buscando algo más con lo que hacemos. El obispo de Digne en la obra «*Los miserables*» decía: «*Lo bello vale tanto como lo útil, quizás tal vez más*»¹. Pero a nosotros nos gusta más lo útil, lo productivo, lo fecundo. Nos gusta más que la gratuidad de lo bello. Nos falta actuar con gratuidad en la entrega y vivimos persiguiendo segundas intenciones, buscando lo más útil, lo que más nos conviene. Invertimos nuestro tiempo en las personas que más nos dan, en las que nos sirven o sirven nuestra causa, en los que nos alegran, en aquellos que no nos dan problemas. Nos falta un corazón más puro para vivir con libertad, para hacer cosas gratuitas. ¿Cuántas cosas gratuitas hacemos en nuestra vida sin buscar un interés personal? ¿Cómo se conquista esa pureza de intención que a menudo nos falta al hacer las cosas, al entregar nuestro corazón, nuestro tiempo? Tal vez no sea posible tener una intención sana y pura en todo lo que hacemos. Eso será en el cielo. Pero es nuestro deseo ser capaces de hacer algunas cosas sin esperar nada a cambio, mostrar nuestro amor, decir lo que pensamos, dando puntadas sin hilo, sin buscar nada más que dar una alegría a aquel a quien agradamos. El otro día, un sacerdote que conoció personalmente al P. Kentenich, decía de él: «*Me sorprendió ver que el Padre hacía cosas simplemente por el gusto de darle una alegría a alguien*». ¡Cuánto nos cuesta hacer las cosas sólo con un fin: alegrar a los otros y buscar su felicidad! Tenemos segundas intenciones, esperamos que nos correspondan con la misma moneda, buscamos un interés oculto que los demás tal vez desconocen, esperamos algún bien como consecuencia de nuestros actos. A veces podemos llegar a utilizar a las personas para nuestros fines, sin importarnos demasiado sus sentimientos. Mientras nos valen para lo que buscamos, mientras sirven para nuestros intereses, entonces son útiles. Cuando dejan de servirnos, dejan de ser tan útiles y ya no las cuidamos. Es el peligro de nuestro amor interesado, del amor mezquino que nos hace buscarnos. El pastor volcado hacia las ovejas que están fuera del redil, puede llegar a descuidar a las que están en el redil y necesitan también su presencia. Quisiéramos amar como Jesús nos ama. La verdad es que nos gustaría dar muchas más veces puntadas sin hilo. Es decir, **hacer las cosas por el mero hecho de hacerlas, por alegrar a otros, por disfrutar la vida, por acariciar el mundo con nuestros gestos de amor, sin esperar más.**

«Mirad cómo se aman». Ésa debería ser la actitud del cristiano. Que los demás pudieran ver en nosotros cómo nos amamos, cómo servimos, cómo damos la vida los unos por los otros. Cuando amamos bien logramos sacar lo mejor de la persona amada. Logramos que ría y viva con más paz. Nos gustaría que otros pudieran decir de los cristianos: «*Hay personas que nos hacen reír aunque no se lo propongan, lo logran sobre todo porque nos dan contento con su presencia y así nos basta para soltar la risa con muy poco, sólo con verlas y estar en su compañía y oírlas, aunque no estén diciendo nada del otro mundo*»². Sin embargo, ¡cuántas

¹ Víctor Hugo, «Los miserables», 16

² Javier Marías «Los enamoramientos»

personas comentan con tristeza haber encontrado menos amor entre los cristianos que entre los que no creen! Es posible. El amor es un don que hay que pedir y cuidar para que no se convierta en egoísmo, o no se enferme convirtiéndose en un reflejo pálido, egoísta y deforme del verdadero amor. Llevamos el amor en vasijas de barro. Muchas veces el barro tiene grietas y por ellas perdemos lo que nos ha sido dado. En otras ocasiones el barro hermético de nuestro corazón no deja que salga nada de lo que tenemos, y romper el frasco es demasiado difícil y exigente. Otras veces, heridos, no queremos probar suerte de nuevo y guardamos nuestro amor, para no malgastarlo, para no recibir el rechazo por respuesta. Con el paso del tiempo se nos pudre el amor en el alma, se transforma en rencor, en envidia, en desprecio, en rabia. Y ese olor perfumado y cálido del amor virgen se transforma en un olor bastante desagradable. No es tan fácil amar bien a los hombres, con libertad, renunciando a la propia vida. No lo hacemos cuando vivimos pendientes de los demás, de lo que hacen o dejan de hacer, interpretando y juzgando sus intenciones, sus gestos y palabras, deseando que hagan lo que queremos que hagan, para nuestro propio bien. A veces nos viene bien leer otras actitudes posibles en esta vida, en el amor: *«Empecé a aprender a escuchar de un modo distinto, sin respuestas prefabricadas basadas en lo que debe ser o en lo que tiene que ser, y empecé a esforzarme en comprender más que en juzgar»*³. Un amor que no juzga, sino que comprende, que no desconfía, sino que espera. Un corazón que no entrega su amor esperando correspondencia. Un amor que es capaz de dar puntadas sin hilo, porque no se trata de buscar algo más cuando simplemente amamos. Porque nos basta con querer la felicidad de aquel a quien amamos. Amar es querer el bien del otro, es desear su felicidad. Es querer que crezca y sea mejor de lo que es. No siempre es fácil. Porque anhelamos ser nosotros felices. Y pensamos que ése sólo puede ser el objetivo de nuestro amor. Entonces el amor se vacía de renuncia y se llena de egoísmo. No quiere el sacrificio y busca sólo el consuelo. Todo lo que le hace bien al que ama es bueno y recomendable, mientras que lo que exige y duele hay que dejarlo de lado. Entonces el amor se acaba secando. ¡Cuántas veces amamos de forma egoísta! No queremos que nos molesten, que nos exijan, que nos compliquen la vida. Amoldamos todo para nuestra felicidad, sin preguntarnos qué es lo que los demás necesitan. Amamos más nuestro bien que el bien de los hombres. **Nos encerramos egoístamente sin lograr salir de nuestros muros.**

En verdad que aquel que siempre nos ama sin esperar nada a cambio es Cristo. Nos gustaría notar ese amor en nuestra vida y a veces no lo tocamos. Me gustan las palabras del Hermano Rafael: *«Estoy algo chiflado, pero es que, claro, con lo que Jesús me quiere, no es para menos»*. Si fuéramos conscientes de cuánto nos quiere Cristo tal vez nuestra forma de comportarnos sería muy distinta. Una persona rezaba así: *«Te amo mucho, Señor, eres todo lo que tengo. Te entrego el amor de toda mi vida, mi corazón. Mis sueños, mis anhelos, mi sed, son para ti. Te necesito. Quédate conmigo. Arde mi corazón. Aunque no te vea»*. El amor de Dios enciende el amor en el alma. Logra que arda en nuestro interior. Y despierta nuestro sí, nuestro seguimiento. Quisiéramos responder en todo momento: *«Sí, Señor, quiero seguirte»*. Decía el P. Kentenich: *«La santidad es lo más sencillo del mundo: es el amor de niño al Padre. El santo de la vida diaria hace todo lo más perfectamente posible pero, como expresión de un íntimo amor. ¡Qué difícil resulta decir sí pacientemente a Dios cuando nos envía dificultades! Y sin embargo, Dios no sólo quiere que en todas las situaciones digamos “Sí”, sino que además lo digamos con una sonrisa, con alegría. Santificar la vida diaria es estar conforme con la voluntad de Dios. ¡Esto en una meta altísima! En ello consiste la santidad»*. El amor de Dios nos lleva a querer lo que Él quiere, porque el amor asemeja. El amante vive en el corazón del amado. Cuando tocamos su amor es más fácil conformar nuestra vida de acuerdo a su querer. En eso consiste nuestra aspiración a la santidad. No es posible ser santos si no amamos santamente. El amor recibido despierta correspondencia en nuestro corazón frágil. Sabernos amados por Dios nos lleva a amarlo a Él, en su propia indigencia, como un Dios menesteroso que espera a la

³ Alberto Reyes Pías, “Historia de una resistencia”, 110

puerta de nuestra vida anhelando que le abramos. Así lo explicaba la Madre Teresa: *«Le amo no por lo que Él me da, sino por lo que Él es, el pan de vida, el hambriento»*. Nuestro amor a Dios surge al sabernos amados por Él. Pero no es un amor en correspondencia. Nunca lograríamos darle todo lo que Él nos da. En eso no podría consistir la santidad. El anhelo de santidad nos lleva a amarle a Cristo en su sed. No sólo amamos porque nos sentimos amados, no sólo porque recibimos, sino porque Cristo se nos muestra necesitado, vulnerable, herido. Tiene sed y busca anhelante que saciemos su sed. Ese Cristo herido y roto en la cruz se abre y se entrega por nosotros. Espera que nos rompamos por Él, que le demos hasta lo que no tenemos. Sin esperar nada más, sin buscar el consuelo. Pero respeta siempre nuestra libertad, nuestro sí. Sólo quiere que lo sigamos, que busquemos ese lugar que hay en su corazón, junto a Él. **Mientras tanto, Él simplemente permanece fiel a nuestro lado, en silencio, aguardando, calmando el ansia de nuestra alma.**

A veces nos gusta pensar en un cielo y una tierra nuevos, que superen la tierra y el cielo que vemos y tocamos. Anhelamos ese lugar en el que Dios acampa con el hombre: *« Yo, Juan, vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra han pasado, y el mar ya no existe. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, enviada por Dios, arreglada como una novia que se adorna para su esposo. Y escuché una voz potente que decía desde el trono: - Ésta es la morada de Dios con los hombres: acampará entre ellos. Ellos serán su pueblo, y Dios estará con ellos y será su Dios. Enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor. Porque el primer mundo ha pasado. Y el que estaba sentado en el trono dijo: - Todo lo hago nuevo»*. Apocalipsis 21, 1-5. Pero no porque no nos guste el mundo que tenemos. Sino porque, al pensar en esa realidad futura en la que no habrá ni lágrimas, ni dolor, ni sufrimiento, ni pérdidas, el corazón siempre se ensancha y comprendemos con mayor claridad que estamos de paso por esta vida. Dios ha acampado entre los hombres, en nuestra vida, y camina a nuestro lado hacia la vida eterna. No obstante, está claro que ya nuestro mundo, este mundo que a veces nos parece tan limitado y carente de belleza, está llamado a ser nuevo en nuestra vida terrena. Queremos hacer todas las cosas nuevas aquí y ahora. No queremos esperar. Como dice el Papa Francisco: *«Prepararse al cielo es comenzar a saludarlo desde lejos»*. En esta vida caduca en la que a veces nos cansamos de todo, Cristo puede hacerlo todo nuevo en nosotros, si le abrimos la puerta, si le dejamos entrar y quedarse con nosotros. Siempre me impresiona la escena de la película de la Pasión en la que el director pone en labios de Jesús estas palabras que le dice a su Madre cuando cae bajo el peso de la cruz: *«Todo lo hago nuevo»*. En ese momento de su Pasión nos cuesta ver lo nuevo, la novedad en la rabia de los hombres, en esa violencia injustificada, en ese odio dibujado en las miradas. Nos cuesta descubrir lo novedoso en la suciedad de nuestro pecado, porque el pecado no es nuevo. ¿Cómo puede Cristo hacerlo todo nuevo? Pues sí que lo hace. Arrodillado, sostenido por su Madre, ensangrentado, le da un nuevo sentido al dolor y a la cruz, lo hace todo nuevo. Hace que el dolor tenga un sentido, un valor, una belleza. Su rostro herido, despreciable, se convierte en un rostro digno de adoración, un rostro bello. Jesús logra que la cruz y la rabia conduzcan a la vida, a la esperanza, a la felicidad verdadera. Su paz en medio del sufrimiento, su mirada llena de misericordia desde la cruz, su amor crucificado y despreciado, hacen nuevo el camino al Calvario, le dan un sentido luminoso a la oscuridad de la cruz sobre los hombros. Hacen que su amor humano y divino resplandezca por encima de la crueldad a la que puede llevar la mezquindad del corazón humano. Cristo hace todo nuevo muriendo y resucitando a una vida nueva. Hace que este mundo brille con una luz nueva y tenga una vida que también es nueva. No hay esperanza sin amor. Todo lo que hacemos sin amor se convierte en algo antiguo, viejo, desgastado. Sabemos que, hagamos lo que hagamos, si lo hacemos sin amor, no sirve, no salva, no es nuevo. El mundo y el cielo nuevo comienzan en nuestro corazón, cuando optamos por un amor verdadero, cuando dejamos que Cristo venza en nuestras reticencias y resistencias tan humanas. Cuando logramos mirar con una mirada pura, positiva, alegre, esperanzadora. Cuando no nos detenemos ante la violencia y el odio, ante

la rabia y la injusticia. Cuando somos capaces de pagar bien por mal y devolver amor cuando recibimos rechazo. El amor a nuestros enemigos, el hacer el bien a los que nos ofenden, el rezar por los que nos humillan, es el camino de la Pascua, de la verdadera resurrección. Son signos de esa tierra nueva que vamos creando con nuestros gestos débiles y pequeños, con nuestra entrega sencilla y pobre. Lo nuevo surge del amor verdadero, sin egoísmos. **Lo viejo, allí donde hay odio y desprecio, queda sepultado como despreciable.**

María, Madre del amor, gesta en nosotros un mundo nuevo. María es Madre de una nueva humanidad, de un hombre nuevo, de una nueva comunidad. Una persona rezaba así: *«Sé en quien creo, de quién me he fiado y a quién pertenezco. Ayúdame, Madre, acompáñame, para que nunca me separe de Dios. Modélame según tu imagen buena»*. María puede educar nuestro corazón y modelarlo a imagen del de Cristo, cuando se lo entregamos, cuando nos arrodillamos humildes a sus pies, cuando nos vaciamos de tantos egoísmos que nos impiden fiarnos y confiar. Ella nos hace crecer en nuestra confianza y en nuestra fe. Porque muchas veces nos cuesta creer en el poder de la gracia, en su poder transformador. Por eso, tal vez, dejamos de confesarnos. Dejamos de creer en los lugares de gracias y en el perdón. Ya no vemos en María el camino de crecimiento en la fe. Nos olvidamos de algo esencial en la vida del cristiano: sin fe no podemos avanzar. Porque Cristo realiza milagros cuando ve una fe despierta en Él, una fe que espera. Cristo nos cambia cuando le decimos que queremos cambiar, que estamos dispuestos. Sólo cuando rezamos así Él puede actuar: *«Utilízame toda sin consultarme. Señor, eres mi todo y me siento muy lejos de ser tu nada, que se abandona en ti. Sin límites, sin reservas»*. Cristo respeta siempre nuestra libertad, espera nuestro sí. Es la fe del hombre que busca la que provoca el milagro. La mujer hemorroísa toca el manto del Señor, convencida de que su poder divino podrá salvar su vida. En Nazaret, sin embargo, esperando un milagro, no lo encuentran, porque no creen en el poder de Cristo. Y allí no realiza ningún signo. Los milagros, los signos, son el reflejo de un mundo nuevo. La gracia transforma el mundo viejo en una nueva realidad. La gracia logra hacerlo todo nuevo. Y a nosotros nos cuesta creer en el poder de la gracia, en el poder de María. Nuestra Madre está junto a nosotros en silencio. Sosteniendo nuestra vida. A nuestra espalda, abrazada a nuestra impotencia. Sin palabras. Su oración nos levanta de la tristeza y desesperación. Nos reconstruye desde nuestras caídas y hace realidad el cielo en nuestras vidas. María llena esos vacíos del corazón que el hombre no logra llenar. María colma nuestro amor incompleto, mezquino y pobre. Lo hace nuevo porque su amor nos transforma. ¿Creemos en el poder transformador de la alianza de amor con María en el Santuario? Decía el P. Kentenich: *«María nos quiere educar desde sus Santuarios de tal manera que podamos comprender el tiempo presente; nos quiere usar como sus instrumentos para la renovación religioso-moral del mundo»*⁴. Muchas veces no acabamos de creer en la alianza y nos cuesta pensar que María pueda necesitarnos. Nos cuesta mirar el futuro con esperanza. Nos resulta difícil creer en los cambios, en nosotros, en aquellos a los que amamos, en el mundo en el que no creemos tanto. **Queremos pedir con humildad la gracia de la transformación. María actúa desde nuestra fe, sobre ella, en ella. Así construye.**

Miramos el amor de Dios y sólo podemos exclamar con el salmo: *«El Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad; el Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas. Que proclamen la gloria de tu reinado, que hablen de tus hazañas. Explicando tus hazañas a los hombres, la gloria y majestad de tu reinado. Tu reinado es un reinado perpetuo, tu gobierno va de edad en edad»*. Sal 144, 8-9. 10-11. 12-13. Nos alegramos al pensar en el Reino que cambia todo, que todo lo hace nuevo. Su Reino se hace vida en el amor de los hombres. El Reino de Cristo surge silenciosamente en medio de los hombres. Hoy escuchamos: *«Cuando salió Judas del cenáculo, dijo Jesús: - Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Hijos míos, me queda poco de estar con vosotros. Os doy un mandamiento nuevo: que os améis*

⁴ J. Kentenich, 27.2.1956

unos a otros; como yo os he amado, amaos también entre vosotros. La señal por la que conocerán todos que sois discípulos míos será que os amáis unos a otros». Juan 13, 31-33a. 34-35. Es el poder del amor de Dios el que transforma la realidad. El amor reina en aquellos que viven en Cristo, en los corazones que han empezado a vivir en lo profundo del amor de Dios. Una persona rezaba: «Quiero vivir en ti, muy dentro de tu corazón y no sólo a tu lado, que ya siento como privilegio. Quiero vivir sintiendo como tú, amando como tú, sufriendo como tú por todos. Concédeme esa oportunidad. Quiero sentirte continuamente y no sé cómo hacerlo». Queremos amar como Dios ama, con su fuerza, con su pasión, con su ternura, con su profundidad. Queremos poner en primer lugar al prójimo, al que sufre, al que necesita nuestra alegría y nuestra esperanza. **Queremos vaciarnos para llenarnos de su amor, para darnos siempre.**

Al experimentar tanto amor sólo podemos mirar nuestra vida con agradecimiento. Pero no siempre es tan fácil. Muchas veces nos cuesta ver el amor de Dios y nos sentimos abandonados por Dios, olvidados y no queridos. En esos momentos dudamos de su amor de predilección. Decía el Papa Francisco: «Durante nuestra vida a veces nos encontramos cara a situaciones poco explicables: oposiciones, alejamientos, rupturas de comunión. Entonces nos preguntamos: ¿Vamos a dejar que se apague la alegría? No, la alegría puede permanecer incluso en las horas difíciles. Lejos de hacer pesar una tristeza sobre los demás, la alegría de nuestro corazón vuelve felices a los que nos rodean». No queremos perder la alegría en medio de la cruz, no queremos dejar de mirar con esperanza el mundo nuevo que vamos construyendo. El desaliento del mundo de hoy quiere quitarnos las fuerzas para luchar, quiere dejar paso a la tristeza y al desánimo. Nosotros aspiramos a una vida santa, a una vida a la altura de los grandes ideales que Dios refleja. Ya lo decía Pio XI: «En esta época en que el bien y el mal libran un combate gigantesco, nadie tiene el derecho de ser mediocre». No queremos dejarnos llevar ni por la mediocridad ni por la tibieza, no queremos que venzan el desánimo y la tristeza en el alma. Estamos dispuestos a luchar y sabemos que el espacio en el que tiene lugar esta lucha es en el interior de nuestro corazón. Allí podemos optar entre el amor y el odio. Allí podemos elegir lo que nos hace mejores personas o seguir el camino que nos deja sumidos en la inactividad. Podemos caminar en una dirección o en la otra, somos libres. Podemos odiar o llenarnos del amor de Dios. Por eso nos recuerda el Papa Francisco que primero tenemos que vaciarnos de nuestros ídolos. Es necesario que logremos «despojarnos de tantos ídolos, pequeños o grandes, que tenemos, y en los cuales nos refugiamos, en los cuales buscamos y tantas veces ponemos nuestra seguridad. Son ídolos que a menudo mantenemos bien escondidos; pueden ser la ambición, el carrerismo, el gusto del éxito, el poner en el centro a uno mismo, la tendencia a estar por encima de los otros, la pretensión de ser los únicos amos de nuestra vida, algún pecado al que estamos apegados, y muchos otros. Esta tarde quisiera que resonase una pregunta en el corazón de cada uno, y que respondiéramos a ella con sinceridad: ¿He pensado en qué ídolo oculto tengo en mi vida que me impide adorar al Señor? Adorar es despojarse de nuestros ídolos, también de esos más recónditos, y escoger al Señor como centro, como vía maestra de nuestra vida». Queremos dejar de lado los ídolos que nos atan y quitan la paz. Los ídolos que llenan nuestro corazón. La verdadera santidad no consiste en hacer muchas cosas dignas de admiración. **La santidad es un lento despojarse de tantos lastres que hacen pesada y frágil nuestra vida. ¿Cuáles son los ídolos que nos atan y llenan?**

El amor, para que pueda crecer y madurar en el alma, exige que estemos dispuestos a aceptar la renuncia y el sufrimiento en nuestra vida. El amor no crece en la comodidad de una vida sin exigencias. Allí se aburguesa y se torna exigente y demandante con la vida y con los demás. Es como la fe, que si no es probada, no se hace fuerte: «Toda fe necesita probarse, porque no se solidifica un amor, mientras no se ha tenido que sufrir por él. La garantía del amor es el sufrimiento. Sólo cuando se ha tenido que sufrir por algo o por alguien que se ama y se es capaz de permanecer fiel y de seguir apostando por el amor primero, sólo entonces la persona alcanza una solidez que antes no tenía»⁵. Es el amor que hoy nos pide Cristo. Amar como Él nos ha

⁵ Alberto Reyes Pías, “Historia de una resistencia”, 124

amado, desde la cruz, desde el sufrimiento. Tenemos que amar como Dios nos ama, pero, ¿cómo nos ha amado Cristo? ¿Hasta dónde llega su amor? El otro día leía: «Los mandamientos no constituyen la meta de la relación con Dios sino que son el camino que te permite entender su amor eterno e intocable por ti, el modo de vivir con un espíritu de pertenencia y conexión que conduce a la armonía. Nada podemos hacer para que Dios nos ame más y nada podemos hacer que provoque que Dios nos ame menos. Sólo podemos elegir aceptar o rechazar lo que se nos ofrece, abrirnos o cerrarnos al amor que está, que siempre ha estado y que permanecerá más allá de cualquier circunstancia»⁶. Cristo nos ama en nuestra indigencia. Su amor no puede desaparecer. Él no puede dejar de amarnos. Nosotros sí. Podemos dejar de amar al que nos ofende y al que no responde a nuestras expectativas. Podemos despreciar al despreciable y odiar al que nos hiere. Nuestro amor no es el de Cristo. Porque Cristo ama desde la cruz a los que le crucifican. Ama desde el dolor a los que matan su cuerpo, porque su espíritu no pueden matarlo. Para poder amar desde la cruz de Cristo tenemos que suplicar el milagro de vivir en Cristo, inscritos en su amor. Sólo así amaremos como Él nos ama. Nuestro amor podrá madurar cuando se construya sobre la renuncia y el sacrificio. Así madura el amor en el momento en el que nos dejamos partir. Decía el P. Kentenich: «Cuando yo, en mi entrega, reservo algo para mí, corro el riesgo de permanecer para siempre como una caricatura de lo que debí llegar a ser, de no realizar nunca el ideal que Dios planificó para mí al crearme, de distorsionar el ideal que Dios quería ver realizado en mí»⁷. El amor de Cristo no tiene medida. El nuestro tiene límites. Nos guardamos y reservamos. No nos damos por entero. Por eso hoy, al mirar cómo nos ama Cristo, vemos cómo supera nuestra capacidad. Nos sentimos muy pequeños. Por eso siempre nos gustaría rezar: «Te miro a los ojos en este amor sin límites, clavado por nuestros pecados, por tu amor gratuito, puro, verdadero y me quedo muda ante tanta entrega». Hoy pedimos aprender a amar como Dios nos ama, como Cristo ama, como María ama. **Sin reservas, sin medir las consecuencias. Necesitamos amar con un amor nuevo.**

El amor de Cristo, la fuerza de su Espíritu, despierta el fuego del amor en el corazón de los apóstoles. Así surge la Iglesia con fuerza en medio de un mundo que busca a un Dios desconocido. Hoy escuchamos: «Pablo y Bernabé volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, animando a los discípulos y exhortándolos a perseverar en la fe, diciéndoles que hay que pasar mucho para entrar en el reino de Dios. En cada Iglesia designaban presbíteros, oraban, ayunaban y los encomendaban al Señor, en quien habían creído. Predicaron en Perge, bajaron a Atalía y allí se embarcaron para Antioquía, de donde los habían enviado, con la gracia de Dios, a la misión que acababan de cumplir. Al llegar, reunieron a la Iglesia, les contaron lo que Dios había hecho por medio de ellos y cómo había abierto a los gentiles la puerta de la fe». Hechos de los apóstoles 14, 21b-27. Estamos ante una Iglesia que ora, ayuna, ama, exhorta, persevera en la fe y cree contra toda esperanza. Una Iglesia que actúa desde el amor recibido como un don. Los frutos superan con creces el trabajo y la entrega. El fruto del amor de Dios se manifiesta en la libertad y en la fuerza de esos hombres capaces de entregar su vida sin reservas. Ven entonces que los frutos superan toda su capacidad. Una persona me comentaba: «El trabajo realizado por mí era mínimo y lo sentía tan vivamente que lo comparé con los dones que el Señor nos regala. Vi que el mérito no era mío, pues es muy poco lo que yo podía hacer, nada bien si no tengo en cuenta a Dios. En mí no se dan las cualidades necesarias para que mi sueño se cumpla, pero sí que se dan en Dios. Nada tengo y nada quiero; si algo se me da gratuitamente, con gratitud lo recibiré». Los frutos de nuestra entrega los veremos pocas veces y, por lo general, superarán siempre nuestras expectativas. No están en proporción directa con nuestras capacidades humanas, sino más bien con la unión que tengamos con Cristo. En Él queremos aprender a vivir y a amar. Cristo es mucho más generoso que nosotros y nos da el ciento por uno. La fecundidad de la Iglesia es el fruto de la gracia que actúa en la debilidad. Se nos regala a través de corazones apasionados. **Necesitamos hombres y mujeres apasionados por Dios en su vida, apasionados por ese Cristo vivo que se nos regala cada día enseñándonos a amar.**

⁶ Alberto Reyes Pías, “Historia de una resistencia”, 109

⁷ J. Kentenich, “Dios presente”, 113